

## BUSCA A DIOS EN TU VIDA



Al leer la Encíclica del Papa Francisco “Alegría del Evangelio”, nos llena de gozo. Es una encíclica, sobre todo, dirigida a la interioridad del hombre, que lleva siempre a la alegría. Cuando el hombre descubre que, además de su cuerpo, tiene espíritu y que no camina solo por la vida, alguien lo guía, lo dirige y lo protege, un nuevo horizonte se presenta ante sus ojos, al descubrir esta realidad.

El evangelio es alegría duradera. Al mundo de hoy le falta alegría, a pesar de todos los adelantos ¿Por qué? Le falta Dios. Al faltar Dios en nuestra vida, nos falta algo imprescindible. Dios es una necesidad para nosotros, el hombre actual, sin Dios, se encuentra sin vida espiritual, sin luz, sin guía, sólo tiene la luz natural y con una vida que no le encuentra sentido. No sabe lo que pasará mañana, la incertidumbre le invade, teme la enfermedad, al dolor, al descrédito, a la muerte, al más allá, no siente seguridad ante su situación económica, ante esta situación, surge la frustración, la tristeza ¿Qué me depara la vida? Tiene miedo al futuro, sólo si pone su confianza en Dios, si se pone en los brazos de Dios y confía en la Providencia de Dios, puede volver la alegría a su vida, la paz

le puede llenar de alegría, porque empieza a experimentar a Dios en su vida, empieza a sentir a un Dios cercano, que lo protege, lo guía y lo quiere, esto se llama experiencia de Dios y cuando uno tiene experiencia de Dios, ya no puede vivir sin su Dios, Dios empieza a ocupar un puesto importante en su corazón, cosa que agrada a Dios y Dios le recompensa haciéndose sentir.

Estas dos realidades en el hombre, cuerpo y alma, mutuamente se necesitan, se retroalimentan, se complementan y deben llevar al hombre a un crecimiento integral, crecimiento en el orden material y espiritual. Nacemos y nos desarrollamos naturalmente, pero la vida espiritual como la material necesita atención, alimento y esfuerzo, nada se logra sin interés y sin esfuerzo. Por eso los padres creyentes, desde la infancia procuran dar a sus hijos una formación espiritual, para que el hijo se desarrolle, también en su espíritu, proceso lento, que exige constancia, además de preocuparse también por su formación material.

En **nuestro interior** es donde se realiza el encuentro con Dios, que nos llena de felicidad y de esperanza. En nuestro interior es donde se realiza la experiencia de Dios, el encuentro con Jesucristo y en ese encuentro tiene un papel muy importante el Espíritu Santo. Pero al Espíritu Santo si no le damos opción de actuar, si no le abrimos las puertas de nuestro corazón, no entra en nuestra vida.

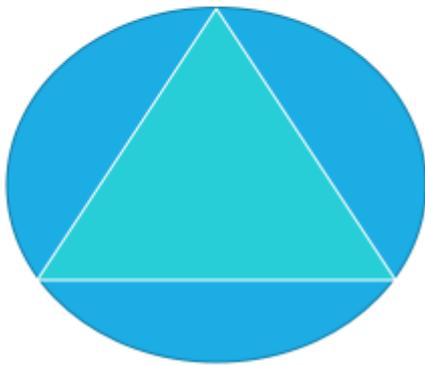
Si nuestro corazón está lleno de ambición, de superficialidad, de ansias de figurar y sin interés en superarnos, el Espíritu no puede actuar.

“La alegría del evangelio llena el corazón de los que se dejan salvar por Jesús”. “En el encuentro con Jesús siempre nace y renace la alegría”, dice el Papa Francisco. Dios nos quiere salvar, pero no nos puede salvar si nosotros cerramos nuestro corazón a sus gracias, si por nuestra parte no hay interés en salvarse, por eso es necesario pedirle de corazón a Dios que nos salve, así en el Padrenuestro pedimos a Dios, entre otras cosas, que no nos deje caer en la tentación y nos libre el mal. Y a Dios le agrada que le pidamos que nos libre del mal, porque nos quiere salvar, somos sus

hijos, por eso podemos acudir a Él, con confianza y seguridad de que nos escucha.

Dios nos creó para ser felices ¿Por qué no somos felices?

**El hombre es atraído por Dios, como el imán atrae al hierro, pero también le atraen muchos encantamientos y puede desviarse del camino. Puede apartarse de Dios, al dejar llenar su corazón de cosas materiales, es el hombre viejo según San Pablo**



Somos algo más que cuerpo, también somos espíritu, alma.

En lo más profundo de nuestro ser, en lo más profundo de nuestro espíritu se realiza el encuentro con Dios. El hombre es más que materia, es también espíritu. Todos los elementos forman una unidad y hay una interdependencia entre todos los elementos, entre el alma y el cuerpo, dando como resultado la formación de la persona. Tesalonicenses, 5,23, Hebreos 4, 12, Gn, 1, 26 y Gn. 2, 27, Eclesiastés 12, 7.

San Pablo en la segunda carta a los Corintios aborda el tema de nuestra santificación, instando a sus lectores a buscar la santidad completa. Escribe: “Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de la carne y del espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios,” 2 Cor. 7, 1.

En San Mateo 10, 28 Jesús nos dice: Y no temáis a los que matan el cuerpo, el alma no la pueden matar; temed más bien a aquel que puede mandar al alma y al cuerpo al infierno.

Lo importante, para nosotros, es que el hombre además de la materia, tiene un elemento espiritual, inmortal, que tiene un destino eterno. Nuestra casa no está aquí, nuestra casa y destino final es Dios. Y ese deseo de eternidad lo llevamos dentro de nosotros, aspiramos todos a la inmortalidad, Dios puso ese deseo en nosotros para que le busquemos y si buscamos a Dios, con humildad, recta intención, si le adoramos, como único Señor, seguro que lo encontramos, porque Dios no ama, nos quiere salvar, a todos, somos algo suyo, hijos suyos ¿Por qué Dios vino a salvarnos? ¿Por qué se hizo hombre? Porque somos sus hijos, tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo para salvar al Mundo, al hombre, dice el Evangelio.



Además de la materia tenemos un elemento espiritual, inmaterial, ya al nacer, vemos la necesidad de crecer la persona, no sólo en el aspecto material, sino también en el orden espiritual. El hombre es el único ser perfectible de la creación, esta perfección de la persona debe ser integral, crecer en la formación de la parte humana, sin olvidar lo espiritual. Sin este crecimiento espiritual la persona se

encuentra desorientada, sólo ve lo útil, lo fungible, lo que satisface sus sentidos, lo que San Pablo llama el hombre viejo, el hombre materialista, mentiroso, manipulador, avaro, que se olvida de su trascendencia y así muchas personas, por no tener esta vida espiritual, se desorientan y buscan su realización como personas, en la droga, en el alcohol, quedando así esclavizadas y prisioneras de sus errores y todo por falta de crecimiento en su vida espiritual.

La vida espiritual va desde cero al infinito. Este crecimiento empieza cuando nos encontramos con Jesús en nuestra vida y lo vamos imitando lentamente, desprendiéndonos de nuestros defectos.



### ¿Qué es la vida espiritual?

La vida espiritual es dejar cabida a Dios en nuestra vida. Es dejarse guiar por el Espíritu. Si Dios ocupa un lugar importante en nuestro corazón, ahí hay espiritualidad cristiana.

## ¿Quién es una persona espiritual?

Es la persona que se deja guiar por el Espíritu Santo, o sea, por Dios. Las líneas fundamentales de la espiritualidad cristiana se pueden resumir en estas palabras del Señor: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame” (Lc 9, 23).

### Qué elementos son fundamentales en la espiritualidad cristiana?

El evangelio nos invita a una renuncia interior y exterior; que nos llenará de alegría, renuncia positiva. Así vemos que los padres para alimentar a sus hijos se sacrifican, incluso separándose de ellos, emigrando, pero lo hacen libremente y con un objetivo, ayudar a la familia. Si consiguen este objetivo regresan a su casa, felices y orgullosos. Los creyentes no seguimos las consignas del mundo, concupiscencia de la carne, codicia de los ojos y soberbia de la vida. El cristiano tiene un objetivo: la Gloria de Dios, la salvación, hacernos amigos de Dios, colaboradores en la Redención de Jesucristo, lo que decía San Pablo cumplo en mi cuerpo lo que falta a la pasión de Cristo, los sufrimientos de esta vida no son nada comparados con el premio que Dios nos dará.

Dice el Concilio Vaticano II en la constitución Lumen Gentium en los números 40 y 42: “Todos los fieles, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre”.

## CAMINAR ALEGRES CON JESÚS

Todas las personas estamos llamados a seguir a Jesús, desde nuestro estado concreto de vida, pero no de la misma manera.

**Algunos** cristianos están llamados a seguir al Señor de una manera radical, una renuncia total y **efectiva**. Es el caso de las personas que han recibido la vocación a la vida religiosa: monjas, monjes, religiosos, religiosas... El mismo Jesús dio a entender esto claramente, sobre todo con relación a la castidad perfecta: No todos entienden esto, sino aquellos a quienes ha sido dado. (Mt 19,11).

**Todos** los cristianos estamos llamados, desde nuestra vida concreta, a tener un seguimiento de Jesús de tipo **afectivo**, o sea, estar compartiendo lo que tenemos con los más pobres y necesitados e incluso estar dispuestos al abandono total de familia, riquezas, etc... si este abandono nos fuera pedido por Dios. Jesús mismo llamó felices a los que poseen el espíritu de pobreza (Mt 5, 3). Este espíritu de pobreza significa tener una actitud real de **desprendimiento** a todo lo que no sea Dios. Cuando estamos demasiado pegados a las cosas, cuando ponemos toda nuestra confianza en ellas más que en Dios; cuando nos quedamos en las personas y nos olvidamos de Dios, entonces es cuando nos estamos alejando del camino.

### ¿Cómo podemos seguir a Cristo en la vida diaria?

Los cristianos estamos invitados al renunciamiento de nosotros mismos para lograr un mejor seguimiento de Cristo. Es como un globo que para poder volar a lo más alto tiene que desprenderse de mucho lastre... Cuanto mayor y más completo es el negarse a sí mismo, más perfecto será el sígueme.

Todo el seguimiento de Cristo se traduce en dos aspectos fundamentales:

1. **Amar a Dios sobre todas las cosas:** Esto significa vivir conformes a la voluntad de Dios en tu vida, aceptar con alegría su voluntad a ejemplo de Jesús.
2. **Amar al Prójimo:** Descubrir en cada persona un hermano. La verdadera espiritualidad cristiana es aquella que nos hace tener un corazón misericordioso para con los demás. Nos hace capaces de ayudar y de comprometernos de una manera efectiva con los pobres y necesitados.

### ¿Qué nos puede ayudar a seguir creciendo en nuestra vida espiritual?

En el evangelio de san Juan encontramos que nos dice que hay dos tipos de personas: las carnales y las espirituales, o sea, las personas que se dejan guiar por criterios de la carne y los que se dejan guiar por el Espíritu Santo. Para san Juan las características de la persona espiritual son:

- Nacer de nuevo: Quien se bautiza renace a una vida nueva que viene del Espíritu de Dios. Quien nace de nuevo no puede dar fruto si no está unido a Jesús de una manera muy íntima.
- La Eucaristía como alimento: Quien ha nacido de nuevo según el Espíritu, necesita de un alimento espiritual que es la Eucaristía. Este alimento fortalece toda su vida y le da valor para continuar adelante en su caminar de cristiano.
- Dejarse habitar por la Trinidad: Cuando una criatura nueva se alimenta de la Eucaristía y va creciendo en su vida de seguimiento, va experimentando que en su vida cada día aparece más presente el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.
- La unión de la vida espiritual con los demás es a través del amor al prójimo: En varias ocasiones Jesús nos recordó el mandamiento del amor hacia los otros e incluso nos dijo: “Un nuevo mandamiento os doy: que os améis unos a otros, como yo os he amado. En esto conocerán todos que son mis discípulos: si os amáis los unos a los otros”. (Jn 13, 34-35).

## NECESIDAD DE DIOS

Toda la humanidad está llamada a vivir espiritualmente. Esta es una necesidad imperiosa. Los animales, para subsistir, deben obrar según la especie a la que pertenecen y el medio en el que se encuentran. El ser humano, a diferencia de los animales, debe ser consciente y obrar adecuadamente para Vivir, sólo así alcanza su plena existencia humana, sólo así se inserta en el inmenso movimiento evolutivo de la Vida. El hombre tiene libertad para elegir, conciencia, deseo de mejorar, aspira a la eternidad.

Muchas personas son espirituales, aunque no sepan en

qué consiste la espiritualidad. Sienten en su interior que hay algo en sus vidas que los guía y se dejan guiar.

La espiritualidad consiste en ser conscientes y obrar adecuadamente en todas las situaciones que la Vida ofrece, de una forma recta, correctamente. Sólo de la auténtica espiritualidad renace la virtud, la verdadera virtud que no es cultivada por una mente dominada por el ego. Es preciso ser muy cuidadosos y conocer la verdadera intención que subyace detrás del deseo de ser espirituales y de utilizar las herramientas espirituales, porque siempre se encuentra aquí la presencia del ego.

La espiritualidad no busca gozar o disfrutar el placer de determinadas experiencias, ni busca encontrar, desarrollar, cultivar o lograr nada, ni dentro ni fuera de uno mismo. Es cierto que la vida espiritual es la mayor aventura en la que una persona se puede embarcar y que supone un desarrollo integral, pero en el momento en que se desea alguna cosa, como es alcanzar o experimentar algo material, se pierde la esencia misma de la espiritualidad. Porque en todas las acciones que realiza libremente la persona, debe estar presente gloria de Dios, la voluntad de Dios, nuestra salvación, la salvación de toda la humanidad, como resultado la purificación de la persona.

Tampoco existen reglas, leyes, ni doctrinas morales o espirituales, pues lo que es adecuado en una situación, puede ser inadecuado en otra. La espiritualidad sólo requiere ser conscientes, aquí y ahora, y obrar adecuadamente, siempre debe estar Dios como meta, su gloria, su voluntad.

El crecimiento espiritual es para todos, no es patrimonio de unos pocos, es obrar según la voluntad de Dios. Tampoco se fundamenta en experiencias, uno puede ser espiritual, sin saberlo. Todos estamos llamados a ser espirituales y a

vivir la auténtica vida espiritual, “el Reino de Dios está dentro de vosotros”, “buscad el Reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura”.

La espiritualidad, con su aroma de delicadeza y de sensibilidad, se encuentra muy cerca de todos, en el vivir cotidiano y, para comenzar a vivirla, no se tiene que hacer nada extraordinario, únicamente lo correcto.

## LA VIDA ESPIRITUAL LLEVA AL ENCUNTRO CON JESÚS

Quien descubre en su vida al Señor Jesús, se decide a seguirlo con coherencia, se esfuerza por iniciar un camino intenso de configuración con Él, encuentra el tesoro escondido y nada ni nadie ya le puede arrancar ese tesoro, como se dice vulgarmente quedó enganchado, enamorado.

Ha descubierto aquella perla valiosa, por la que vale la pena vender todo lo demás, la vida se abre con un horizonte de infinito, donde todo cobra luz y sentido ante la invitación a seguir al Señor y dar testimonio del que es Camino, Verdad y Vida.

Ese seguimiento, lo sabemos bien, no es sólo un esfuerzo por mejorar algunos detalles de nuestra vida, cambiar tal o cual defecto, o esforzarnos por vivir una que otra virtud. Lo que se nos pide es un cambio total, una auténtica transformación de nuestro corazón de piedra en un corazón de carne, que ame al unísono con el Corazón de Jesús y de su madre Santa María. El camino del cristiano es un camino de despliegue integral, una senda que nos lleva a colaborar con la gracia, que Dios derrama con abundancia, para que todo nuestro ser alcance la estatura de la plenitud de Cristo.

De lo dicho se deduce que las personas que se deciden a encontrar a Dios, a comunicarse con Dios, rezar, deben mejorar en su vida diaria, dejar de ser rencorosos, fomentar la comprensión y la generosidad, evitar las murmuraciones, falta de solidaridad, envidias, o al menos esforzarse por mejorar. **Si hay alguna**

**dependencia, que nos esclaviza, el poder de Jesús se manifestará en nuestra vida y siempre saldremos victoriosos de la lucha.** Es un camino largo, pero un camino muy gratificante, vamos al encuentro de Jesús.

Es una opción dura, incluso para quienes han hecho una opción clara por una vida de fe coherente, no son pocos los obstáculos para tener una vida espiritual. El ritmo del mundo de hoy, las exigencias de los quehaceres diarios, las preocupaciones cotidianas, en muchas ocasiones alejan a las personas de su interioridad. La vida espiritual no aparece siempre como prioritaria y las urgencias de cada día la van relegando y marginando poco a poco, con consecuencias trágicas para la persona. En su primera encíclica el Papa Benedicto XVI constataba precisamente como hoy “vemos cada día lo mucho que se sufre en el mundo a causa de tantas formas de miseria material o espiritual, a pesar de los grandes progresos en el campo de la ciencia y de la técnica”.

La vida espiritual no es una dimensión accesoria de la persona y su cuidado exige de nosotros una atención constante y permanente. El Catecismo de la Iglesia Católica señala que la vida en el Espíritu “realiza la vocación del hombre”, y estas palabras nos abren a una comprensión de la vida espiritual muy profunda y que abarca a la persona toda. Se trata, en primer lugar, de descubrir la importancia que tiene esta dimensión de nuestra vida, y asimismo poner los medios necesarios para hacerla crecer y fructificar. No atender a nuestra vida espiritual significa poco a poco ir dejando secar nuestra vida interior, con lamentables consecuencias para nuestro despliegue y realización en nuestra vida de fe, para las otras dimensiones de nuestra vida.

## **LLAMADOS A CONFIGURARNOS CON EL SEÑOR**

La vida espiritual encuentra su fundamento en una sólida fe en la mente, una intensa fe en el corazón y una fe comprometida en la acción. Al reflexionar sobre la vida espiritual es esencial entender el llamamiento de la persona a configurarse con el Señor. Es ahí donde está nuestra vocación a configurarnos con el Jesús. Esto implica apertura y docilidad al Espíritu. Colaborando con la gracia,

supone ir avanzando por este camino duro de la vida, en el crecimiento y en la experiencia de fe.

Avanzar por este camino implica un recorrido que tiene como eje la libertad de la persona y su cooperación con la gracia para llegar a ser partícipe de la naturaleza divina. Es un camino de libertad en y por el Espíritu Santo, que lleva a la persona a vivir plenamente la fe en sus distintas dimensiones. En la base de este proceso está la conversión, de la que habla el Evangelio y que es una urgente invitación al cambio de mentalidad, al cambio de aquellos criterios que se oponen al Plan de Dios. Nos permite como nos dice San Pablo "despojarse" y "revestirse", para hacer crecer la gracia en nuestro interior, a través de un trabajo activo y metódico de búsqueda de la virtud y la eliminación de todo obstáculo.

### **UNA VIDA ABIERTA AL ESPÍRITU SANTO**

La consecuencia de todo este dinamismo es una vida abierta al Espíritu Santo. Dios sale a nuestro encuentro y nos invita a participar de su vida por el Espíritu. Nos ofrece una nueva vida que brota de la Santísima Trinidad y que sólo puede desarrollarse bajo su acción. Una vida espiritual intensa implica precisamente una constante apertura al Espíritu, y ello comporta una exigencia cotidiana en cada una de nuestras acciones y de modo especial, implica una consciencia de aquello que le da sentido a nuestra vida: Dios que nos invita a participar de su comunión plena de Amor.

Es el amor un aspecto central de la vida espiritual, pues "si no tengo amor, no soy nada". Por eso la vida espiritual debe ser ante todo un acto continuo de amor a Dios, desde la fe, participando en un dinamismo aprendido e interiorizado en el proceso de armonización. Y así, poco a poco, iremos creciendo y avanzando hacia el encuentro con la persona de Jesús de Nazaret.

En este proceso se involucra toda la persona, con un compromiso radical y coherente con la vida cristiana. Hay una apertura al Espíritu, una apertura que nunca puede ser ni indiferente ni despreocupada, pues el Espíritu es fuerza dinámica que nos impulsa con ardor. Y este proceso lento nos lleva al encuentro de

Jesús, hace de la vida una experiencia de plenitud y realización en la que se van desplegando las capacidades de la persona. El núcleo de este proceso es el amor, participación del Amor de Dios, y por tanto participación de la misma vida de la Trinidad.

### **HACER DE LA VIDA UNA LITURGIA CONTINUA**

Tenemos a nuestro alcance numerosos medios para ir avanzando por este camino. Todo aquello que nos ayude a emprender ese buen combate de la fe, del que nos habla el Apóstol Pablo. Dentro de este camino la vida de oración cobra una importancia fundamental. Si bien es esencial entender que la vida espiritual no se reduce a la vida de oración, la oración es un aspecto nuclear de la vida espiritual, y por tanto todos debemos plantearnos con seriedad una atención constante a la vida de oración. Así -decía Romano Guardini- «debe saber el hombre que está en juego algo muy importante. En este punto no debe el hombre ser indeciso en poner en práctica lo que de él requieren el deber y la necesidad. Así como no se puede vivir sin respirar, así tampoco puede vivir el cristiano, a la larga, sin oración». La atención a la vida de oración es una parte importante en el despliegue de la vida espiritual.

Debemos procurar en nuestra vida tener aquellos momentos de oración que nos renueven en nuestros compromisos y en nuestros deseos de una vida cristiana coherente. La participación de la Eucaristía, la adoración Eucarística, el rezo de algunas oraciones, por ejemplo. Pero debe quedar claro que junto con la atención a la vida de oración, la vida espiritual implica todo esfuerzo por configurarnos con Jesús. Toda lucha por despojarnos del "hombre viejo", todo esfuerzo por crecer en la vivencia de la virtud, toda iniciativa por vivir en presencia constante de Dios. Los momentos fuertes de oración son esenciales, como lo es también iluminar nuestras acciones a la luz del plan divino de Amor, aprendiendo a vivir constantemente en la presencia del Señor.

Mientras no la persona encuentre dificultades en la oración es conveniente utilizar las oraciones y lecturas que aprendimos de niño, no estoy hablando de la noche oscura, donde el alma intenta buscar a Dios con todas sus fuerzas y Dios se oculta, para así ir

purificando a la persona que Dios ama con todo su corazón, aunque parezca que Dios nos abandona, lejos de eso, nuestro Dios es un Dios muy cercano, muy sencillo. Cuando le plazca y lo crea conveniente premiará a esa alma con abundancia de felicidad, se olvidarán los malos días, nuestro corazón desborda de alegría y felicidad, es lo que dice el Papa Francisco en la Alegría del Evangelio.

La unidad constitutiva de la persona es una invitación a vincular la vida y la praxis concreta y cotidiana con la fe. Por eso, como decía el Papa Juan Pablo II, «toda la vida cristiana debe ser una vida espiritual, es decir, una vida animada y dirigida por el Espíritu hacia la santidad o la perfección en la caridad». Procurar vivir en presencia de Dios las tareas y actividades de cada día, el trabajo, la vida de familia, todo ámbito de la vida cotidiana. Todo ello se vuelve ocasión de santificación y por tanto forma parte de aquella intensa vida espiritual a la que estamos llamados.

Se trata, a fin de cuentas, de hacer de nuestra vida un culto agradable a Dios, un gesto litúrgico. Esto hace además que cada ocasión de la vida sea una ocasión de apostolado. Quien vive haciendo de su vida un gesto litúrgico vive anunciando al Señor a través de cada una de sus acciones. Así, cada momento de la vida puede ser apostolado, puesto que la dinámica evangelizadora no se reduce a momentos aislados a lo largo de la jornada, sino que brota de la vida misma de fe, esperanza y caridad, y se plasma en la vida y acción cotidianas. El reto, entonces, es hacer de la vida cotidiana una liturgia continua. De esta manera, nuestra vida se volverá en todo momento una ofrenda agradable a Dios, una ocasión de darle gloria, a semejanza de Santa María, siguiendo aquella hermosa invitación de San Pablo: “ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo a mayor gloria de Dios.

### **Vivir unidos a Dios**

Como creyentes, en la vida verdadera, la vida que nos trajo Jesús, la vida sobrenatural, espiritual, llevamos en nuestro corazón el anhelo de construir un mundo más justo, fraterno y solidario. Creemos firmemente que Cristo es la respuesta para los

interrogantes y para las ansias de los hombres y mujeres de nuestro tiempo y de siempre. Y estamos convencidos de que el único cambio auténtico del mundo es el que brota del cambio personal, de la propia conversión. Sabemos bien que nadie da lo que no tiene y que por eso el primer campo de apostolado somos cada uno de nosotros mismos. Atender a nuestra interioridad, cultivar una profunda e intensa vida interior, no es sólo una necesidad personal, es también para nosotros un deber social, una exigencia para poder ser fieles a la misión que el Señor nos ha confiado.

### **UNA VIDA INTERIOR POR LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO**

La vida interior es comunión con Dios, con el Señor Jesús, por la fuerza del Espíritu Santo. Es ante todo fruto de la gracia, es un don de Dios, que invita a una activa y decidida cooperación. Requiere que luchemos con fidelidad y constancia por erradicar de nuestras vidas todo cuanto rompe o impide esa anhelada comunión, acogiendo la ayuda divina. Cultivar una vida de fe, de virtud, de oración, de comunión sacramental, de amor a Dios y de coherencia efectiva en nuestras acciones. Cooperando así con la gracia divina, estamos llamados a crecer en una comunión de pensamiento, de sentimiento y de acción con Dios. Una comunión que nos realiza, nos gratifica y nos mueve a volcarnos, desde esa riqueza espiritual, a una auténtica transformación del mundo desde la caridad divina, según el Plan de Dios.

Una vida interior intensa es fruto del Espíritu Santo, Señor y Dador de la Vida. Es Él quien nos va configurando con Jesús. La vida en el Espíritu Santo es ardorosa fe, esperanza y amor. Crecer en ella alimenta nuestra mente y nuestro espíritu, nos vivifica.

### **APRENDER A VER LA REALIDAD CON LOS OJOS DE DIOS**

Así pues, con las luces del Espíritu trabajamos, en primer lugar, por tener una profunda fe en la mente, que no es otra cosa que ir aprendiendo a mirar y entender la realidad con los ojos de Dios,

interiorizando los criterios de la fe, reconociendo el sentido de las distintas realidades y situaciones a la luz del Plan de Dios, y examinando nuestra propia vida con una visión de fe. Para crecer en esta dimensión de nuestra vida interior, es imprescindible que estudiemos, que entendamos y que hagamos nuestros los criterios de fe que encontramos en la Sagrada Escritura, en los documentos del Magisterio —empezando por el Catecismo de la Iglesia—, y en los ricos textos que forman parte de la Tradición y de nuestra propia espiritualidad.

Cultivar nuestra vitalidad interior con la fe en la mente nos ayuda a apreciar cuánto hace Dios por nosotros en el día a día de nuestras vidas. Nos aleja de la superficialidad y del autoengaño, nos da criterios para entendernos a nosotros mismos a la luz de Jesucristo, enriquece nuestra capacidad de reflexión, y nos prepara para ayudar mejor a nuestros hermanos y para conducir nuestras vidas respondiendo a nuestra vocación según el Plan de Dios.

### **SER AMIGOS DEL SEÑOR JESÚS**

Lo más importante para nuestras vidas es amar a Dios, sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos. El amor es la esencia de toda nuestra vida. Conscientes de que el auténtico amor es el que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo, nuestra vida interior debe ser ante todo amor a Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Sólo Dios es capaz de saciar la nostalgia de infinito que anida en el fondo de nuestros corazones.

Nuestra vida interior debe ser una continua oración, un estar habitualmente en presencia de Dios y en comunión con Él, en toda ocasión, y de modo particular en los imprescindibles momentos de oración. Así como por la fe en la mente aprendemos a vernos y a ver la realidad con los ojos de Dios, por la fe en el corazón y gracias a un frecuente trato de amistad con Dios buscamos aprender cada vez más a sentir con Jesús, a tener una unidad de voluntad con Él, a descubrir cómo nuestro alimento y nuestra felicidad están en cumplir el Plan de Dios. La oración es el camino para que la amistad con Jesús sea realmente el centro de nuestras vidas y para que nos vayamos dejando configurar con Él.

Esta comunión de sentir y querer con el Señor sólo es posible por la gracia del Espíritu Santo, que es quien nos hace hijos de Dios y se une a nuestra oración para que podamos clamar “Abbá, Padre”. No podemos jamás descuidar nuestra vida de gracia. Nuestra vida interior necesita que nos despojemos de todo lo que nos aleja de Dios, todo lastre de pecado y ruptura. Y por eso mismo necesitamos el auxilio de los sacramentos, muy en especial que acudamos con regularidad al Sacramento de la Reconciliación y que nos alimentemos con el Pan de Vida Eterna que es el mismo Señor Jesús en la Eucaristía. Sólo así podremos ir avanzando en ese morir a todo lo que es muerte para vivir a quien es la Vida misma.

### **DE LA MANO DE SANTA MARÍA**

El Señor en su Plan ha querido que para recorrer el camino de nuestra santidad y nuestra felicidad contemos con la compañía e intercesión maternal de María Santísima, Madre de Dios y nuestra. Contemplándola aprendemos a tener una comunión total de mente, corazón y acción con la persona de Jesucristo. Con su ejemplo modélico, Ella nos enseña a atesorar la Palabra de Dios, conservándola y meditándola en nuestro corazón. Con Ella vivimos una vida de oración, reconocemos todo cuanto Dios obra para nuestro bien. Como lo hizo en su Magnificat, alabemos a Dios por todas sus maravillas, y no nos cansemos de agradecer sus bendiciones. Con humildad reconozcamos nuestra pequeñez y fragilidad. Pongamos en las manos de Dios todas nuestras necesidades, cooperemos activamente con su gracia, volquemos nuestra fe en la mente y en el corazón en una coherente fe en la acción. Pero, sobre todo, de la mano de nuestra Santa Madre y desde su Inmaculado Corazón, aprendamos a amar a Jesús y a vivir una sintonía total con su Sagrado Corazón. Sólo nos iremos configurando con Jesucristo, si vivimos intensamente el amor divino y somos coherentes con él. Sólo, desde una vida interior que respire amor y santidad, podremos volcarnos en una acción reconciliadora para gloria de Dios.

### **EJEMPLO DE JESUCRISTO**

Varios miles de personas habían escuchado la predicación de Jesucristo y se habían saciado de los panes y los peces que Él les había proporcionado, con tal abundancia que incluso había sobrado una buena cantidad. Es de suponer que el asombro se había apoderado de los apóstoles.

Con el asombro, les embargaba también la alegría. Una vez más habían experimentado la cercanía del Señor. Puede parecer que esta nueva experiencia no debería tener mayor importancia para quienes estaban ya habituados a convivir con Jesucristo. Pero que pronto olvidamos los momentos en los que hemos palpado la presencia de Dios a nuestro lado; y por eso, cómo nos volvemos a sorprender y alegrar cuando la percibimos de nuevo.

Cuántas veces notamos con claridad que Dios está junto a nosotros, que no nos ha abandonado en un momento importante, y nos llenamos de una alegría y de una seguridad que no se deben sólo al buen resultado de lo que nos interesaba, sino también -y principalmente- a la conciencia de que vivimos con el Señor.

Y cuántas veces, sin embargo, lo perdemos de vista y dejamos que nos atenace el miedo de que otro asunto importante no tenga tan buen fin; como si Dios se pudiese olvidar de nosotros, o como si la cruz fuese señal de que Él se ha alejado.

### **Dificultades**

Después de despedir a la muchedumbre, Jesús pidió a los Apóstoles que pasaran a la otra orilla del lago mientras Él dedicaba un tiempo a la oración. Para ellos, expertos como eran, la travesía no presentaba una particular dificultad. Y aunque así fuera, después de lo que acababan de vivir, ¿qué obstáculo podría parecerles insuperable?

Poco a poco la barca se fue apartando de tierra, y llegó un momento en que su progreso se hizo muy lento. Cuando cayó la noche, **la barca ya se había alejado de tierra muchos estadios, sacudida por las olas, porque el viento le era contrario:** no podían volver atrás, pero tampoco parecía que avanzasen; tenían

la impresión de que las olas y el viento -las dificultades- habían tomado el mando y ellos podían sólo tratar de mantenerse a flote.

Se asustaron. ¡Qué lejano resultaba ahora el milagro que habían contemplado pocas horas antes! Si al menos estuviese el Señor con ellos..., pero se había quedado en tierra. Se había quedado, sí, pero no les había dejado solos, no les había olvidado: aunque ellos no lo supiesen, desde el monte contemplaba su dificultad, su esfuerzo y su fatiga.

Es fácil que en los inicios de la vida interior se experimente con cierta claridad el propio progreso: a los ojos de quien comienza a adentrarse en el mar, la orilla se aleja rápidamente. Pasa el tiempo y, aunque se siga luchando y avanzando, no se advierte de modo tan patente. Se sienten más las olas y el viento, la orilla parece haberse quedado fija en un mismo punto. Es el momento de la fe. Es el momento de fomentar la conciencia de que el Señor no se ha desentendido de nosotros. Es el momento de recordar que las dificultades -el viento y las olas- forman inevitablemente parte de la vida, de esa existencia que hemos de santificar y a la que nos enfrentamos sabiéndonos muy acompañados de Jesucristo.

La experiencia de la cercanía de Dios y del poder de su gracia, no nos ahorra la tarea de enfrentar las dificultades. No podemos pretender que lo sensible de esa experiencia sea permanente; no podemos pretender que, puesto que estamos cerca de Dios, los problemas no nos pesen. Ni tampoco hemos de caer en el error de verlos como una manifestación de que el Señor se ha apartado de nosotros, aunque sea sólo un poco y por un tiempo breve.

Las dificultades son precisamente la ocasión de mostrar hasta qué punto amamos a Dios, hasta qué punto somos buenos, con la aceptación serena de los inconvenientes que no hemos podido o no hemos sabido superar.

### **Inquietudes**

Pedro y los demás llevaban tiempo peleando con el viento y las aguas, y con su propia angustia interior, cuando el Señor acudió

en su ayuda. Podía haberlo hecho de muchas maneras: podía haber cancelado enseguida la dificultad o presentarse en la barca sin que le vieran llegar; pero tenía otras enseñanzas que transmitirles. Se les acercó caminando sobre el mar.

Era de noche y no resultaba fácil reconocerle. El hecho era de por sí sobrecogedor, pero además ellos estaban ya asustados, y el miedo roba a quien lo sufre la serenidad y claridad de juicio sobre los acontecimientos que de algún modo le afectan. En estas circunstancias, es comprensible su reacción: comenzaron a gritar.

El Señor les tranquilizó: **tened confianza, soy yo, no tengáis miedo**. No calmó en ese momento el viento y las olas, pero les dio una luz para que su corazón no naufragase: sé que estáis atravesando dificultades, pero no temáis, seguid peleando, confiad en que Yo no os he olvidado y sigo estando cerca.

Pedro tuvo una reacción impulsiva: **Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas**. Entre los Apóstoles es casi siempre Pedro quien se lanza, para bien o para mal: es él quien recibe las reprimendas más fuertes del Señor y es también él quien le confiesa con una audacia que acaba arrastrando a los demás en momentos difíciles. Pero su iniciativa de ahora resulta sorprendente incluso en un carácter impulsivo: Simón se encontraría en el apuro de tener que bajar de la barca y apoyarse en una superficie agitada, incontrolada, imposible de dominar y de prever.

A la voz de su Maestro, sacó un pie por la borda, luego el otro y se puso a caminar hacia el Señor: quería acercarse a Cristo y estaba dispuesto a cualquier cosa para lograrlo.

Ojalá los propósitos de mayor generosidad que formulamos ante el Señor en momentos de inquietud, no se queden en palabras. Ojalá nuestra confianza en Dios sea más fuerte que la indecisión o el temor a ponerlos en práctica. Ojalá seamos capaces de sacar nuestros pies por la borda, aunque suponga apoyarlos en una base aparentemente nada apta para sostenernos, y caminemos hacia

Cristo. Porque para ir hacia Dios hay que arriesgar, hay que perder el miedo a las inquietudes, hay que estar dispuesto a jugarse la vida.

Caminando sobre las aguas, Pedro sentía las olas y el viento más que los demás; su vida dependía de la fe más que la vida de los otros, precisamente porque había bajado de la barca y marchaba hacia Jesucristo. ¿No es ésta la arriesgada situación del cristiano? ¿No estamos también nosotros tratando de caminar hacia el Señor en unas circunstancias -externas, pero también interiores- que en buena parte escapan a nuestro control?

Estamos más expuestos a las olas que quienes, temiendo enfrentarse con la inmensidad de lo sobrenatural, prefieren la pobre y aparente seguridad que les ofrece el ámbito pequeño de su barca. ¿Es, entonces, extraño que a veces notemos que el suelo se mueve, que tengamos alguna inquietud? Son precisamente esos momentos para tomar conciencia, una vez más, de que vivimos de fe; no de una fe que calma las olas, que elimina la inquietud de caminar sobre ellas; sino más bien, de una fe que en esa inquietud nos da una luz, y que da un sentido a esas olas.

**Por la fe los israelitas cruzaron el Mar Rojo como si fuera tierra seca, mientras que los egipcios que lo intentaron fueron tragados por las aguas.** Sin fe, las dificultades de la vida nos tragan, nos abruman, nos hundimos en ellas. Con la fe no las evitamos, pero tenemos más recursos, sabemos que Dios las puede volver a nuestro favor: al pueblo elegido le resultaría pesado y aterrador caminar por el fondo del mar, con el peligro, además, de que sus enemigos los alcanzasen; pero a través de esa dificultad y esa inquietud lograron su salvación. Al final se comprueba que la inquietud de caminar hacia Dios proporciona una base más firme para edificar la propia vida, que la aparente seguridad que ofrece la barca, las seguridades materiales.

## **Inseguridades**

Pedro había dado ya unos cuantos pasos cuando, **al ver que el viento era muy fuerte se atemorizó**. Comenzó a hundirse y pidió ayuda al Señor. **Jesús alargó la mano, lo sujetó y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?**

**Hombre de poca fe.** Quien lee el Evangelio se queda sorprendido ante estas palabras. Incluso es posible que se sienta abrumado y se pregunte: si el Señor recrimina por su falta de fe a quien venciendo su miedo ha bajado de la barca y ha comenzado a caminar hacia Él, ¿qué podría decir de mí?; ¿me queda alguna esperanza de que un día Cristo vea en mí un hombre o una mujer de fe? Pero si sigue meditando le surgirán también otros interrogantes: ¿es que Jesús esperaba que Pedro caminase sobre el mar con toda tranquilidad, como lo hubiera hecho sobre tierra firme en un día apacible y soleado? ¿Significan acaso las palabras del Señor que hemos de ser impasibles o indiferentes ante los problemas? No, porque el mismo Jesucristo se angustió en el huerto ante algo objetivamente temible.

La lucha por vivir de fe no tiene como meta sentirse seguro ante las dificultades; no es el intento de que no nos afecten las cosas, que no nos importe lo importante, que no nos duela lo doloroso, o que no nos preocupe lo preocupante. Es más bien el empeño por no olvidar que Dios nunca nos deja y aprovechar esas circunstancias difíciles para acercarnos aún más a Él.

**Verdaderamente, la vida, de por sí estrecha e insegura, a veces se vuelve difícil. Pero eso contribuirá a hacerte más sobrenatural, a que veas la mano de Dios: y así serás más humano y comprensivo con los que te rodean.**

Es lógico que Pedro sintiera inquietud, y es lógico que la sintiera desde sus primeros pasos, porque lo que estaba haciendo superaba sus capacidades humanas, tanto si había viento y olas como si no los había: no es más fácil caminar sobre el agua sin viento y olas que con ellos. ¿Dónde estuvo, entonces, la falta de fe de Pedro? Quizá no tanto en la inseguridad que sintió, como en dudar de Cristo. Hasta ese instante su mirada estaba en Él; se sentía inseguro, por supuesto, pero no reparaba demasiado en ello

porque lo crucial, lo que requería su atención, eran sus pasos hacia el Maestro. De repente fue consciente de su inseguridad y no se fío de Jesús. La inseguridad natural, razonable, degeneró en miedo.

## Temores

El miedo atenaza y hace reales problemas que inicialmente estaban sólo en la imaginación. Algunas cosas nos suceden porque tenemos miedo de que nos sucedan: miedo a tener una tentación, miedo a ponernos nerviosos, miedo a quedar mal, miedo a no conseguir explicar algo con la suficiente firmeza, miedo a no saber enfocar un problema...

¿Cómo luchar? Procuremos aceptar esa inseguridad, porque sólo así evitaremos que se convierta en objeto de nuestra atención. No nos debe importar cómo nos sentimos mientras lo hacemos. Podremos así caminar hacia Jesucristo entre las olas y el viento, sin angustiarnos por la dificultad que eso supone.

San Juan escribe en una de sus epístolas que **en el amor no hay temor, sino que el amor perfecto echa fuera el temor, (...) y el que teme no es perfecto en el amor. El que tiene miedo, no sabe querer**. El amor y el miedo pertenecen a órdenes diversos, que se excluyen. Sólo pueden convivir cuando el amor no es perfecto, dice el fundador del Opus Dei.

El miedo es un sentimiento de inquietud ante la posibilidad de perder algo que se tiene o se anhela poseer en el futuro. Ahora bien, la inseguridad forma parte de la condición humana, del hecho de que no tenemos un dominio perfecto ni siquiera sobre nosotros mismos. Por eso no podemos excluir del todo la inseguridad en esta vida. De otro modo, la esperanza no existiría como virtud, porque donde hay certeza absoluta no cabe la esperanza.

El amor ha de excluir, por tanto, el temor, pero no forzosamente la inseguridad. Vivir en el orden del amor supone, pues, que la inseguridad no degenera en miedo, supone aceptarla, asumirla

integrándola dentro de una visión más amplia, dentro de la confianza en Dios, sin pretender ilusoriamente excluirla del todo. No podemos aspirar a una seguridad total. La inseguridad que podemos sentir ante nuestras pocas fuerzas es ocasión de fomentar el abandono en Dios.

De este modo, la fe no se ve como un peso, sino como una luz, como algo que señala un camino, que enseña a aprovechar la propia miseria para abrir el alma a Dios. El cristiano no espera de Dios que le haga sentirse seguro en sí mismo; espera que la confianza en Él le ayude a ver más allá de su inseguridad. Si nuestra mirada no se detiene en la propia limitación sino que, sin rechazarla, la trasciende, podemos realmente excluir el temor y vivir en el orden del amor.

Un hombre o mujer de fe experimenta la inquietud, la duda, se pone nervioso, siente vergüenza, teme quedar mal, se ve incapaz... Pero acepta esos sentimientos sin atribuirles más importancia de la que tienen, sin permitir que absorban su mirada y le paralicen; no se rebela contra ellos, no los ve como una prueba de su falta de fe, ni deja que le desanime el hecho de sentirlos; y sigue adelante aunque descubra puntos de doctrina que ha de entender mejor, o aunque se sienta superado o fuera de sitio... o aunque le tiemble la voz. Ha aprendido a no dar especial atención a esas inquietudes. Ha aprendido a caminar hacia Cristo entre las olas. Y si la fuerza del viento o del mar le impidiese verle, se apoya en Dios como la hace el niño con respecto a su padre o a su madre. **¿Has visto a las madres de la tierra, con los brazos extendidos, seguir a sus pequeños, cuando se aventuran, temblorosos, a dar, sin ayuda de nadie, los primeros pasos? No estás solo, Dios está a tu lado, María está junto a ti, también muchos familiares y conocidos que viven una felicidad sin fin, el ángel de la guarda, la comunidad eclesial, visible e invisible.**

### **VIDA cristiana**

No hay vida cristiana sin vida espiritual. El mandato fundamental que la Iglesia debe cumplir en relación con sus fieles es el de

introducirlos en una **experiencia de Dios**, en una vida de relación con Dios. Resulta imprescindible defender hoy estas verdades elementales, porque vivimos en un tiempo en que la vida eclesial, dominada por el ansia pastoral, ha puesto en primer lugar la idea de que la experiencia de fe corresponde al compromiso en el mundo; dejando en un segundo plano el acceso a una relación personal con Dios que ha de ser vivida en un contexto comunitario y que se basa en la escucha de la palabra de Dios contenida en las Escrituras, plasmada por la eucaristía y articulada en una vida de fe, de esperanza y de caridad.

Esta reducción de la experiencia cristiana a simple moral es el camino más seguro para hacer vana la fe. La fe, sin embargo, nos conduce a una experiencia real de Dios, es decir, nos sumerge en la vida espiritual, que es la vida guiada por el Espíritu santo.

Quien cree en Dios debe realizar también una experiencia de Dios, pues no le basta con tener ideas claras sobre Él. La experiencia siempre tiene lugar en la fe, no en la visión («Caminamos por medio de la fe y todavía no por medio de la visión», 2 Cor 5, 7); se trata de algo que nos sorprende y se nos impone, llevándonos a repetir con Jacob: «El Señor está aquí y yo no lo sabía» (Gn 28, 16), o con el salmista: «Me rodeas por detrás y por delante... ¿A dónde huir lejos de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú; si desciendo al abismo, allí te encuentro» (Sal 139, 5-7).

Otras veces nuestra experiencia espiritual está marcada por el vacío, por el silencio de Dios, por una aridez que nos lleva a repetir las palabras de Job: «Voy hacia el oriente, y no está allí; al occidente, y no doy con él; lo busco en el norte, y no lo encuentro; en el sur, y no alcanzo a verlo» (Job 23, 8-9). Con todo, Dios también puede hablarnos a través del silencio de lo cotidiano. Él obra en nosotros a través de la vida y de lo que en

ella experimentamos; también, por tanto, en las «crisis», en los momentos de oscuridad a que puede abocarnos la existencia.

La experiencia espiritual es ante todo experiencia de ser precedidos: **es Dios quien va por delante**, nos busca, nos llama, nos previene. Nosotros no inventamos al Dios con el que queremos entrar en relación. ¡Él está ya ahí! Y la experiencia de Dios requiere necesariamente la mediación de Cristo: “Nadie viene al Padre si no es por medio de mí”, dice Jesús (Jn 14, 6). En este sentido, la experiencia espiritual es también experiencia filial. El Espíritu santo es la luz con que Dios nos precede y orienta nuestro camino hacia la santificación, camino que es seguimiento del Hijo.

De este modo, la experiencia espiritual no es otra cosa que la respuesta de fe, esperanza y caridad al Dios Padre que en el bautismo dirige al hombre la palabra constitutiva: ¡Tú eres mi hijo!. Sí, hijos en el Hijo Jesucristo; tal es la promesa y tal el camino que ha abierto el bautismo. San Ireneo de Lyon señala a este respecto que el Espíritu y el Hijo son como las dos manos con que Dios plasma nuestras existencias en vidas de libertad mediante la obediencia, en acontecimientos de relación y de comunión con Él mismo y con los otros.

Para que el camino espiritual sea auténtico, son esenciales algunos elementos. Ante todo, la crisis de la imagen que tenemos de nosotros mismos. Este es el doloroso y sin embargo necesario inicio de la conversión, el momento en que se fractura el «yo» no real sino ideal que nos hemos forjado y que pretendíamos alcanzar como realización obligada de nosotros mismos. Sin esta «crisis» no se accede a la verdadera vida según el Espíritu. Si no se da esta muerte a nosotros mismos, no se dará tampoco el renacimiento a la vida nueva que implica el bautismo ( Rm 6, 4).

Por otra parte, son necesarias la honestidad hacia la realidad y la fidelidad a la realidad, es decir, la adhesión a la realidad, puesto que es en la historia y en lo cotidiano, con los otros y no sin los otros, donde tiene lugar nuestro conocimiento de Dios y donde crece nuestra relación con Él. En este punto nuestra vida espiritual puede armonizar la obediencia a Dios y la fidelidad a la tierra en una vida de fe, de esperanza y de caridad. En este punto podemos decir nuestro «sí» al Dios que nos llama con los dones y los límites que caracterizan nuestra condición de criaturas.

Por tanto, se trata de sumergirse en un camino de fe que es seguimiento de Cristo para llegar a la experiencia de la inhabitación de Cristo en nosotros. El apóstol Pablo escribe así a los cristianos de Corinto: “Examinaos a vosotros mismos para ver si permanecéis en la fe. ¿Reconocéis en verdad que Jesucristo habita en vosotros?” (2 Cor 13, 5). La vida espiritual se desarrolla en el «corazón», en lo íntimo del hombre, en la sede del querer y del decidir, en la interioridad.

Es en nuestra interioridad donde hay que reconocer la autenticidad de nuestro ser cristianos. En efecto, la vida cristiana no es «caminar más allá», siempre en busca de novedades, sino «caminar en profundidad», descender al corazón para descubrir quién es el Santo de los Santos, de ese templo de Dios que es nuestro cuerpo. Se trata, sin duda, de «adorar al Señor en el corazón» (1 Pe 3, 15). Este es el lugar donde se realiza nuestra santificación, es decir, la acogida en nosotros de la vida divina trinitaria: «Si alguien me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará y vendremos a él y haremos morada en él» (Jn 14, 23).

La finalidad de la vida espiritual consiste en hacernos partícipes de la vida divina, lo que los Padres de la Iglesia llamaban «divinización». Gregorio Nacianceno escribe: «En efecto, Dios se ha hecho hombre para que el hombre pueda convertirse en Dios». Y Máximo el Confesor sintetiza de manera sublime: «La divinización se realiza por el injerto en nosotros de la caridad

divina hasta el perdón de los enemigos, como Cristo en la cruz. ¿Cuándo te conviertes en Dios? Cuando eres capaz de decir, como Cristo en la cruz: 'Padre, perdónalos'; más aún: 'Padre, por ellos entrego mi vida'». A esto nos arrastra la vida espiritual, es decir, la vida enraizada en la fe del Dios Padre creador, movida y orientada por el Espíritu santificador, injertada en el Hijo redentor que nos enseña a amar como él mismo nos amó. Precisamente con esto medimos nuestro crecimiento hasta alcanzar la estatura de Cristo.

En síntesis se trata de ir imitando, en nuestro vivir diaria, a Jesús, nuestro Maestro y salvador. Por la acción del Espíritu Santo, nos transformamos, al acoger al Espíritu Santo en nuestra vida, real y físicamente. Lentamente nos iremos configurando con Jesucristo. Esta configuración nos abrirá un nuevo horizonte, vivir el amor de Dios, de un Dios que camina con nosotros, de un Dios muy cercano, que está dentro de nosotros, de un Dios que es nuestro compañero de viaje hasta el final de la vida y al final nos recibe en sus brazos de Padre infinitamente generoso para darnos el premio.

Pero ya aquí en el destierro encontramos compensaciones, sentirse querido por Dios, con un Dios con el que nos podemos comunicar, con quien sabemos que nos quiere y nunca nos abandonará. Experimentar que cuando fallamos, y reconocemos nuestra miseria, en vez de rechazarnos y humillarnos nos aprieta contra su corazón, nos perdona y se alegra de que pongamos su confianza en Él, nuestro corazón se llena de alegría, es la alegría de la fe, la alegría de sentirse querido por Dios, salvado por Dios y lo bueno es que nada nos puede pasar sin su permiso y todo lo que nos pase será para nuestro bien.

Habrán cosas que no comprendamos, pero como nos hemos abandonado en sus brazos, vivimos seguros y confiados, sin miedos a la enfermedad, al deshonor, a las maquinaciones de las personas, nuestra fuerza, nuestra felicidad y nuestra seguridad

se fundamentan en el amor que Dios nos tiene, su providencia será una realidad en nuestra vida, una experiencia agradable, a pesar de todos los contratiempos. Para lograr esto, únicamente necesitamos confiar en el Señor y en el Evangelio.

A partir de ese esfuerzo por encontrar a Dios, Dios nos irá guiando, empezaremos a ver las cosas con los ojos de Dios y el corazón de Dios.

**El Dr. Don Manuel Longa Pérez me envió unas reflexiones del escritor y teólogo Don Leonardo Boff interesantes:**

### **MORIR CRISTIANAMENTE**

Estamos siempre naciendo, y con la muerte acabamos de nacer. De este modo, la muerte pierde su carácter de brutal interrupción del ciclo de la vida para transfigurarse en un dichoso paso a la plenitud de la vida. En este sentido, morir sería atender a una llamada de Dios, que nos quiere en su casa, a la que pertenecemos desde toda la eternidad.

San Francisco de Asís, el primero después del Único, murió cantando, agradeciendo a la vida todo cuanto esta le había proporcionado. Morir es, pues, cerrar los ojos para ver mejor, como dijo José Martí, el mejor de los cubanos. Ver el sentido del universo y nuestro lugar en el conjunto de todos los seres, grávidos del Misterio en el que habremos de sumirnos: he ahí la gran revelación que nos será comunicada más allá de la muerte.

Esta forma de verlo ayuda a humanizar la muerte y a desdramatizar los casos de enfermedad terminal, porque, como dicen los existencialismos, no vivimos para morir, sino para resucitar, para vivir más y mejor, como creen los cristianos.

Un caso aparte lo constituye la opción de uno de los principales teólogos de nues-tro tiempo, Hans Küng, con su gigantesca obra sobre distintas áreas del conoci-miento: la teología, la filosofía, las religiones, el ecumenismo, la ética y la política. Gravemente

afectado por el mal de Parkinson, que le impide utilizar sus manos y le ha reducido notablemente la vista, se lamentaba de que ya no podía hacer nada de lo que hacía como profesor, conferencista y escritor. Afirmaba no reconocerse ya a sí mismo y que, por eso, la vida había perdido para él su senti-do, por lo que la muerte asistida sería una solución tranquila y feliz. Y en este sentido ha afirmado su deseo de recurrir a la muerte voluntaria y asistida en Suiza. Su país natal, donde tal recurso está legalmente reconocido.

Como teólogo y colega, me permito hacer algunas consideraciones. Y comienzo preguntando: ¿No se dará aquí una identificación entre la auto-imagen de gran escritor y pensador y la realidad concreta de su persona? Toda persona es mucho más que la imagen que de ella tienen los demás y ella mis-ma. En teología, constituye un grave equívoco identificar la imagen de Dios con el propio Dios. Y lo mismo ocurre con la persona humana, que es más que todas sus posibles imágenes.

Como persona humana, cada uno de nosotros es un proyecto infinito que encierra dentro de sí innumerables posibilidades y que ninguna realización personal puede agotar. Si ya no puede ver ni leer ni escribir como lo hacía antes, sí puede tranquila-mente hacer otras cosas que entran dentro del ámbito de su proyecto infinito y que habrán de devolverle, sin duda alguna, un sentido para su vida.

Tal vez una situación como esta pueda dar lugar a un viaje espiritual rumbo al pro-pio corazón. Es posible vivir esta situación ante Dios como una forma de comunión y de entrega confiada a sus designios. Incluso es posible, con un cierto sacrificio, visitar a enfermos, transmitirles palabras de ánimo y servir de ejemplo de cómo, a pesar de sus limitaciones, todavía pueden realizar obras humanitarias.

Una persona vale infinitamente más que todos los libros que puedan escribirse. Si consigue devolver la esperanza a otra persona desarraigada de su medio y provoca en ella sentimientos de resignación confiada, haciendo que se sienta «en la palma de la mano de Dios», de quien acepta serenamente su misterioso destino,

habrá hecho una de las mayores obras de misericordia. Y eso vale más que toda una biblioteca.

Pero hay otro punto de gran densidad teológica que tal vez no haya tenido en cuenta el eminente teólogo: aprovechar esa situación límite para sentirse solidario con todos cuantos en el mundo sufren igual que él. Entre los que sufren se establece un lazo de comunión secreta que transmite energía y sentido de la vida.

Y hay además un último punto, en esta ocasión de orden místico. Hans Küng —que escribió tanto y tan bellamente acerca de Jesús, de su saga, de su pasión y muerte violenta y acerca del modo de ser cristiano en el mundo de hoy en seguimiento de Jesús— habría abierto, con esa situación, una posibilidad única de sentirse unido al Cristo sufriente, como sugiere san Pablo en sus cartas.

Se trata de sufrir con Cristo, que, según Pascal, sigue agonizando en la historia. Se trata de completar lo que falta al sufrimiento del Cristo cósmico, sufriendo con Él y ofreciendo tal sufrimiento en favor de todos los que sufren en el mundo.

Las grandes mayorías anónimas y pobres de la humanidad penden de una cruz. Asociarse a ellas y sufrir su cruz personal tal como ellas la sufren, generalmente en silencio y con resignación, conferiría a Küng una gran dignidad y haría que su corazón se expandiera generosamente.

Morir tranquilo, sin dolor, con la serenidad que proporcionan poderosos fármacos, parece hacer realidad el ideal mediocre y pequeño-burgués de quien ha perdido los lazos de conexión con el universo, que también sufre los dolores de parto (cf. Rm 8,22), con la Tierra crucificada, con la humanidad sufriente y con Cristo, que sigue sufriendo en sus hermanos y hermanas y cuya resurrección no habrá quedado aún completa mientras ellos y ellas no hayan resucitado.

Morir en esa comunión, incluso en medio de dolores y limitaciones de todo tipo, es morir cristianamente. Es morir como cristiano, seguidor del Crucificado, no como un estoico que soporta la muerte

porque es algo propio de la vida, pero sin darle un sentido humanizador, porque no consigue escapar de ella.

Escribo esto al amigo, al compañero de tribulaciones, porque juntos hemos sufrido las persecuciones de las autoridades eclesiásticas del Vaticano; juntos hemos sido di-famados; nuestras intenciones han sido distorsionadas, nuestro trabajo impedido o perjudicado. Pero todo lo hemos soportado gracias a unas convicciones más fuertes que la cómoda carrera académica de una universidad famosa. No morimos simplemente porque nos ha llegado la hora; morimos porque sentimos la llamada del Padre, que viene a buscarnos y llevarnos a la casa que siempre hemos ansiado y a la que pertenecemos desde toda la eternidad.

Morir así es digno. La muerte es la hermana que viene a buscarnos para abrir la puerta del Reino de la Trinidad, que es amor, comunión y vida eterna.

L. BOFF La Tierra está en nuestras manos. Una nueva visión del planeta y de la humanidad, Maliaño (Cantabria) 2016, pág. 95-97

**El Sagrado Corazón de Jesús es una fuente inagotable, que no desea otra cosa que derramarse en el corazón de los hombres para liberarlos del pecado y llevarlos a la fuente de felicidad que es Dios.**

**Dios nos creó, no para vivir eternamente en el mundo, sino para vivir con Dios eternamente.**

